

Bulundon
2233-21
C.2
833421

La Mierda

armando
méndez
carrasco

23927



2233-21

Ediciones de JUAN FIRULA



BIBLIOTECA NACIONAL
Sección Control

INSCRIPCIÓN N° 38
DERECHOS RESERVADOS
PARA TODOS LOS PAÍSES
CURIÑANCA 78
SANTIAGO DE CHILE

1970

DICCIONARIO

DE LA LENGUA CASTELLANA,
EN QUE SE EXPLICA
EL VERDADERO SENTIDO DE LAS VOCES,
SU NATURALEZA Y CALIDAD,
CON LAS PHRASES Ò MODOS DE HABLAR,
LOS PROVERBIOS Ò REFRANES,
Y OTRAS COSAS CONVENIENTES

AL USO DE LA LENGUA.

DEDICADO

AL REY NUESTRO SEÑOR

DON PHELIPE V.

(QUE DIOS GUARDE)

A CUYAS REALES EXPENSAS SE HACE
esta obra.

COMPUESTO

POR LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA.

TOMO QUARTO.

QUE CONTIENE LAS LETRAS

G. H. I. J. K. L. M. N.

CON PRIVILEGIO.

EN MADRID En la Imprenta de la Real Academia Española Por los Herederos
de FRANCISCO DEL HIERRO. Año de 1734.

RTADILLA DEL ORIGINAL EN CUYA OBRA SE ENCUENTRA
FLUIDO EL VOCABLO QUE DA TITULO A ESTA NOVELA.

Obras del Autor

- JUAN FIRULA. Cuentos. 1948.**
EL CARRETON DE LA VIUDA. Cuentos. 1952.
MUNDO HERIDO. Novela. 1955.
LA MALA INTENCION. Cuentos. 1958.
CHICAGO CHICO. Novela. 1962.
DOS CUENTOS DE JAZZ. 1963.
¡ORDENE, MI TENIENTE! Novela. 1965.
CRONICAS DE JUAN FIRULA. 1965.
CACHETON PELOTA. Novela. 1967.
CHICAGO CHICO. Teatro. 1970.
LA MIERDA. Novela. 1970.

COMENTARIO ACERCA DEL TITULO DE ESTA NOVELA

por ROBERTO VILCHES ACUÑA

En Chile, así como en otros países de habla hispánica, se usa el vocablo MIERDA en el lenguaje vernáculo, en vez del término excremento o deposición. Con harta frecuencia se emplea también como interjección baja y como insulto grosero que, por criptosemía, suele ser encubierto entre nosotros con las formas: miéchica, miércale o miércoles. En Francia, por esta misma razón,

se le llama **LE MOT DE CAMBRONNE**. Se alude al general francés Pedro Jacobo Esteban, Conde de Cambronne (1770-1842), que luchó heroicamente en la batalla de Jena, y que en la de Waterloo, al ser intimado por los ingleses a que se rindiera, les contestó con la expresión poco culta: ¡Merde!

Hasta no hace mucho tiempo era evitado su empleo en la literatura, aún en la de índole naturalista, y particularmente en el teatro jamás se profería, no obstante su empleo común en el lenguaje familiar de todas las épocas, y aún en el de los romances.

Esta palabra que el autor, quizás con sorpresa de muchos, emplea para titular de su nueva obra, es de origen latino (**MERDA**), y ella es indudablemente eufónica, y bien pudo convenirles como nombre a la violeta, al aura, a la brisa, al cielo azul o a otra cosa de hermosos contenidos; pero en cuanto a su significado es ciertamente infortunado, como les ocurre a tantas otras palabras de nuestra lengua de grato sonido y de infausta significación, tales como demonio, pirata, villano, ramera y ladino.

A. M. C. no escogió este título con intención coprolálica, sino con el sentido que le fijó el Diccionario de Autoridades (1726-1739), de algo sucio, merdoso, poluto, como son muchos de esos ambientes que con tanto colorido describe en la serie de sus obras o como tantos personajes que en ellas cobran vida. El expone literaria-

mente con este título tan decididor y sin tapujos los aspectos crudos de la auténtica realidad social, así como el lingüista analiza las expresiones soeces no sólo exclusivas de nuestro bajo pueblo, o como el fisiólogo que, con elevado espíritu científico, estudia y expone no sólo la dinámica de los cuerpos organizados en su estado normal, sino también los fenómenos orgánicos morbosos y anormales, tan propios de las humanas imperfecciones, de las que por ser humanas, la literatura no puede prescindir, tanto más si se trata de las morales, y lo hace con honradez y altura de miras. En esta obra, repito, en la que se describe ambientes de bajos fondos y reproduce el lenguaje auténtico de personajes considerados por las clases superiores, no exentas de censurables imperfecciones, dada su mayor cultura, como abyectos, como la hez entre los elementos que integran todo nuestro pueblo, hay una valiosa contribución a nuestra literatura vernácula, la que, por su mera naturaleza, no debe ser desdeñada. Estoy cierto que Méndez Carrasco no se regocija con muchos de los hechos que narra y con el diálogo obsceno de sus personajes. sino con la expresión literaria misma, fiel a las crudas realidades. A principios de este siglo, no faltaron voces y prensa que pidieron la destitución del sabio Rodolfo Lenz, como maestro del Instituto Pedagógico, por publicar un estudio acerca de las expresiones escatológicas populares. El famoso pintor español Juan Valdés Leal (s. XVII) no pintó flores, pero sí cadáveres putrefactos, como ése de un obispo y el de un caballero de Calatrava. No sólo lo bello puede ser objeto de arte, sino también

lo grotesco. Murillo pintó sus Meninas; Velázquez, al contrechito enano don Sebastián de Mora; Goya, los esperpentos de la Romería de San Isidro; y Picasso, su cuadro en azul de la tuerca Celestina.

ROBERTO VILCHES ACUÑA, ex Jefe de Trabajos de Filología de la Universidad de Chile, ex Catedrático de Metodología Especial del Castellano en la misma Universidad y en la U. Católica, ex Profesor de Latín y Lingüística en la Universidad Técnica del Estado. Autor de **TRATADOS DE RAICES GRIEGAS Y LATINAS** (Edit. Nascimento, 1937. Santiago, Chile). **SEMANTICA ESPAÑOLA** (Edit. Kapelusz. Buenos Aires, 1954 y 1959. Argentina). **ELEMENTOS DE SEMANTICA** (Edit. Nascimento, 1959. Santiago, Chile).

E T A P A F I N A L

El ciclo titulado CHICAGO CHICO comprende: CHICAGO CHICO, ¡ORDENE, MI TENIENTE!, CACHE-TON PELOTA y la obra que el lector tiene en sus manos.

CHICAGO CHICO (4 tomos) intenta pintar, en parte, el problema del submundo. La clase media no es ajena a estas páginas, puesto que concentra la sangre

del propio autor. Mi labor se circunscribe a narrar un cuadro difícil y curioso, casi complejo. No me interesa exhibir a mis personajes en su villanía, sino en su función cristiana, misión de integración social. No puedo dar soluciones, porque no es mi papel; expongo. Los especialistas tienen que tomarse esa tarea.

Algunas de mis piezas han sido muy comentadas; otras fueron silenciadas. ¡Qué importa! No espero premios; el hombre se valora por su obra. Si ésta perdura, el tiempo —si existe— se encargará de expresar la última nota.

Soy un trabajador sin limitaciones y estimo que si me moviese de este signo defraudaría a los miles de lectores que siguen mis pasos literarios. Muchas personas hubieran deseado que esta obra tomase la forma sofisticada de "La M..." No, señores. No haré tal. ¡Aquí está "La Mierda"!

La revolución y evolución social en vigor impone una línea sin mentiras ni sombras.

Reconozco que muchas páginas y títulos suelen mortificar; no me agradaría ofender a nadie, porque soy varón de paz; pero hay hechos que no se pueden eludir. ¿Cómo, por ejemplo, evitar el diálogo violento de los seres olvidados? No soy tratadista; no puedo atropellar las viejas disciplinas para mostrar una luna bella. ¡Apuesto a que nadie se le ha ocurrido pensar que nues-

tro sol-estrella, por el hecho de someternos todos los días a su luz, fuerza y calor, habría que eliminarlo! "Vanidad de vanidades dijo el Predicador, todo vanidad". Por algo el astro está ahí; por cierta virtud se suceden las cosas. Tendríamos que ser mucho más tolerantes. Determinados antecedentes que podrían ser fatigosos en este siglo, serán asuntos pálidos en las centurias por venir.

Esta es una novela de conclusión; es el cuadro más formal de mi vida literaria. No es tan sencillo introducirse en este nebuloso mundo, pues sin oxígeno suficiente subsiste el riesgo del naufragio. Pienso, con todo, que el contenido cumple su objetivo. Tampoco el título es un mero afiche propagandístico; su existencia data del 2 de diciembre de 1958, fecha en que inicié los originales.

No soy escritor de autobiografías como muchas personas creen o me consultan; esa clase de literatos suelen producir tan sólo un volumen de categoría. Son como las estrellas NOVAS. No justifico con esto el peso de mis libros. Ello es otro capítulo. Tengo a mi haber diversas obras. La psicología es un factor determinante; la vida privada es sagrada; no me incumbe.

He tratado, en el presente trabajo, fijar un plano serio; no porque deba cambiar; la temática lo exige. El hombre es interior; lo demás es superficial.

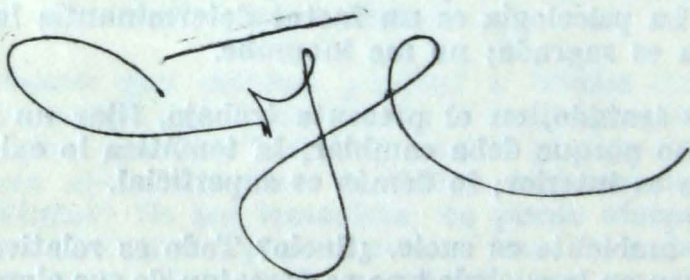
El ambiente es sucio. ¿Sucio? Todo es relativo. Los que viven en la suciedad no se percatan de sus olores; los

bribones tampoco. Sé, concretamente, que no todas las personas están preparadas para soportar el desnivel. Les encuentro razón. ¡Muchísima!

Mas no todos los terráqueos saben que a lo largo de mi vida he resistido, estoicamente, la burla, la humillación, la calumnia y el menosprecio humanos. No acuso. Como contestación, no huelga otra forma que escribir una novela antihipócrita con un título tan viejo como la prostitución.

¿Qué pasará ahora? Bosquejo un ambiente; sirvo de instrumento. Me agradaría hacer comparaciones; me detendré para que la sociedad en que vivo no me juzgue de presuntuoso. No me arrepentiré nunca de haber sido elegido por ALGUIEN para trazar estas páginas, cuya trascendencia no puedo adivinar. En todo caso, allí quedarán para que alguien —ya sin mayúscula— resucite en medida correspondiente estos escritos. Nada se hace sin motivo.

El trasfondo de mis amorosos e incomprensidos personajes es mío. ¡Ese es mi orgullo!

A large, stylized handwritten signature in black ink, consisting of several loops and a long horizontal stroke extending to the right.

Armando MENDEZ CARRASCO

ME ATRIBUYO LAS LAMENTACIONES Y QUEHACERES DE ESTE HIJO DESCARRIADO. EN CONSECUENCIA, NADA HARE, SINO ESPERAR....

U N O

Hace ya tanto tiempo. A veces, recuerdo a Ninoya, a Olga, a Persy. ¿Qué obtengo? He construido mi propia tumba y hacia ella avanzo. No soy el mismo; mi larga cabellera está blanca y ciertas arrugas denotan que algo extraño hierve dentro de mí. Desearía tener fuerzas para decirlo todo, es decir hallar una fórmula de relajación. ¡Hay tantas manos en alto que aprietan mi garganta!

¿Por qué no me dejan morir? La Cáfila Hampona tampoco aplaca mi hambre; requiero con urgencia de hechos más violentos. ¿Dónde están mis granujas? Me estoy quedando solo, vacío, frente a un montón de gente que grita y acusa. La Flor de Té no puede servirme; es como una risa que sigue su evolución hacia un camino que no me interesa. ¿Seré un alucinado más? ¿Y la pobre prostituta apodada La Gillette? ¿Y la pena desgarrada de La Cara de Puta?

Reconozco que me muerdo y no puedo evitarlo. ¿Por qué se burlan tanto de mí? ¿No han pensado que se rien de Dios? ¡Dios! El final de todos los dolores, lo existente y la duda. Mi única arma es —en cierto modo— el presente y con ella retornaré a mi extraño mundo. He logrado, por suerte, rehacer mis días en un aspecto socio económico; mas esto no basta, pues el espejo puede decir la verdad; ahí está mi historia y hacia ella dirijo mis pasos. ¿Habrà alguien que desee acompañarme en este peregrinaje? Debo resignarme a creer que voy conducido pero es mentira, tan inexacto como la proyección física que tiñe a la tierra en cada atardecer. Hay tantas cosas que van por dentro, pequeños abismos que estremecen, que desorbitan y castigan. Creo no ser una excepción, pues tengo que alquilatar que la muralla no está lejos. La filosofía de Mirlita, la prostituta inalcanzable, me dejó perplejo para muchos siglos: "Soy puta y aunque me limpiase con aguas celestiales, como María Magdalena, no dejaría de ser tal ni apuntada con el dedo".

¿Tengo a Mirlita? Estoy desequilibrado; necesito algo más potente, más bestial, algo que retenga mi soberbia.

De improviso, he recordado a mi hijo Pilucho. De aquí en adelante no habrá paz en mí, puesto que entiendo el motivo de mis bajezas. Por ahí me alaban y no saben que he matado a tantos seres. Ellos se dejan llevar por las luces de bengala. ¿Y cuándo éstas se apaguen? Mi hijo Pilucho es un delincuente, un actor, una mezcla de existencia y sueño. Su lucidez no tiene eco. Está, como un durmiente, detenido tras los barrotes de la vieja Penitenciaría de Santiago de Chile. ¿Por qué escondo su identidad? Soy un cobarde; siempre eludí; me sé pequeño física y mentalmente. Ya no puedo pensar; mi cabeza se mueve de izquierda a derecha y viceversa para decir: ¡No! Los diarios, los semanarios y las estaciones radiales han empezado a agigantar su figura hacia el rojo. ¿Quién padece con esto? Nadie podrá detenerlos, porque ultimó a una pareja de ancianos, pintó un signo en el rostro de un juez y abusó de las vírgenes dormidas. ¿Por qué lo tienen aislado en el Patio Siberia? No puedo visitarle; no estoy preparado; pero sé, fehacientemente, que lo haré algún día. ¿Seré capaz de caminar solo hacia las altas palmeras de la Avenida Pedro Montt? Todo esto me produce una tremenda enfermedad; sobre todo, que en mitad de la noche he oído cantar a los evangélicos cuando pasan hacia el templo. ¿A qué irán? ¿Me habré vuelto loco otra vez? A ratos, si lo deseo, porque es un aspecto nuevo, casi

inmaculado, donde los desatinos son hechos normales. Luego que se pierden los creyentes me he quedado solo ante el cristal, esperando la fuga de la extensa sombra, sombra húmeda e inacabable. ¿Qué haré en el próximo amanecer? Sé que debo buscar un punto de apoyo, trazar unas líneas y después alcanzar mi cama para tirar mis huesos. Hoy, de súbito, me acogen cosas absurdas, absurdas y vitales. Se me ha ocurrido, por ejemplo, que es muy difícil vivir y que nada cuesta cerrar los ojos. ¿Por qué no seré el hombre alegre de antaño? Me he visto, por momentos, transitando con mis gastados pantalones de moda Oxford, mi chaqueta corta, ajustada; camisa negra, corbata blanca y con un ridículo sombrero tipo calañé. ¿No sufrí entonces tanto como hoy? Parece que la diferencia radica en que esa época no pesaba mis pasos. Ahora pienso, y esto hace muy mal.

Cuando el viejo campanario se incline hacia la tarde, sólo ahí iniciaré mi descanso.

D O S

Ya no viene. Siempre la espero en mi departamento de calle Mariposa. Diré que ahora la anhelo en una dimensión muy distinta. No sé con qué pronunciamiento aparecerá. Su advenimiento me es tan indispensable cuando entendí que me había quedado solo frente a un escenario que no estaba en condiciones de descifrar. Después fui en descenso. Ninoya había desaparecido y

el tiempo y la noche eran sucesos inadvertidos. Obtuve algo, eso sí. Comencé a cultivarme; pero mi carne se deslizaba lentamente hacia el desvío y mi espíritu se arrastraba con ella. Para superarme arañé, sin orden, en numerosos artistas del pasado y algunos del presente. Indudablemente que enfermé cuando supe de la vida penosa del "Ángel Desgarrado". Ese instante sí que fue doloroso y al observarme, le vi encadenado por las calles de Broadway con su viejo capote de la Academia Militar de West-Point. Creo que empequeñecía y no tuve otro ademán que bajar mi vista, apretar mis puños y oír de lejos la música de "El Cuervo". Decidí no leer más; había vivido suficiente y eso bastaba; además, Poe me produjo una herida que todavía sangra. Quizás, sea un poco exagerado, empero tengo un corazón extraño; de ser mujer, no habría trepidado un momento en acondicionarme a un camino prostitucional para conocer más a fondo la **miseria del hombre**.

Por tercera vez ha sonado el estridente timbre de mi departamento. Ese ruido me fastidia; sin embargo, lo necesito. Son vibraciones demasiado crueles. ¿Crueles? Nada supera a esos días horribles. Siempre me he negado a dos verdades indiscutibles: reconstruir el pasado y estimar firmemente la existencia del futuro. Mas soy humano, mal hecho, lanzado desde tantos siglos sin ninguna preparación para ser culpado de errores, pues mis virtudes, sin ninguna gracia, serán computadas a mi favor aunque no lo desee. Me parece que esto es frágil. ¿Seremos juzgado? ¿Y...? Hay ciertos puntos

que no se pueden responder; es mejor enmudecer y abrir esa puerta que sigue su ritmo brutal. Sé que junto con entreabrirla, se iniciará otra historia. Puede que esté equivocado, pero cierta niña que le hice un favor me dijo que también podría tratar otros casos. Me reí. ¿Yo sanar el mundo? Las aberraciones no tienen contestación.

Siempre tuve mis temores delante de un ser que le observaría por primera vez. No obstante, tengo que aparentar mucha fuerza para que este nuevo caso, no sepa de mis debilidades. Antes de dirigirme a la puerta, miro el living: alfombra, mesilla, cojines violentos, asientos reclinados, licores, vasos, discos tirados en el suelo, acuarelas, óleos, porcelanas. Después oigo alguna música y me detengo en el retrato de una mujer triste, majestuosa. Días atrás un pintor bohemio me trajo esa tela firmada por un artista francés. Me subyugaron sus ojos, su pena, sus hombros redondos, su pelo rebelde y una boca carnosa y húmeda. Físicamente es hermosa, mas su interior puede poseer algún ángulo. Sin embargo, aunque me pese, estoy decidido a ser un papanatas. Cuando más tarde haya partido, otro cargará con sus posibles efectos.

—¡Ah! ¿Eres tú? Nos hemos conocido siempre, ¿verdad?

—¡Creo!

Tiene sus ojos distantes, un peinado elevado; es alta; quizá dulce. ¿Por qué impostará su voz? Trae muchos defectos y yo debo convencerla que es perfecta y virginal. Esta labor me será tan sencilla como si bebiese un vaso de agua. Todo es factible, pues las puertas se abren sin empujarlas. Así espero que acontezca ahora.

—Sí; puedo ayudarte, pero es necesario que conversemos; que me digas tantas cosas; que toleres impertinencias.

—Estoy dispuesta. Vengo suelta.

—¿Eres tan valiente?

—Estoy harta.

Capto la humedad de su mano; tal vez de sus otras partes y callo.

Entonces me traslado hacia un terreno lógico; trata de indicarme que es una doncella. En verdad, tiene rostro de tal; sé que ha dejado de serlo en el mismo instante que clavó su mirada en la tierra. Sus imperfecciones sabe escudarlas muy bien tras un cutis sereno, limpio. Luego enmudece y aflora la pena y se semeja más al óleo. Mi misión para extraerla de su mundo es elemental: me ensucio; es menester.

—Mi vida tiene altos y bajos; fui carabinero raso;

en mi juventud estuve preso, me burlé de mi madre; he deambulado siempre entre hampones y prostitutas; no tengo dirección.

No le importa mi mugre; es indiferente a todo; tiene desinterés relativo...

—Yo también estoy sucia...

No entiendo mucho; soy consciente que de aquí adelante tiene que concluir toda hipocresía; sigo expresándole cómo me desenvuelvo ante mis congéneres; cómo gozo con su pelo rubio, sus dedos largos y cuidados.

—En mi aspecto material, padezco de simpleza; uso una cinta blanca desde hace veinte años en lugar de corbata; no me abrocho los cordones de los zapatos; me pongo calcetines de distintos colores; sweater al revés. Cuando me acuesto con una niña, le robo sus calzones. Ignoro por qué hago todo esto; forma parte de mi independencia personal. La colectiva no existe.

—Con respecto a los calzones, te irá mal conmigo.

—¿Por qué?

—Se trata de una prenda anticuada; incómoda. ¿Por qué sofocar algo que necesita aire?

Es demasiado inteligente; no mucho quizá. Anheló

derrotarla. Algo me dice que debo desprender de ella; utilizo mis armas; por cierto no bajas, justas.

—Soy casado; tengo un hijo delincuente.

—¿Y qué me importa a mí eso si nunca pensé casarme? ¿Y no somos todos delincuentes?

Entonces vuelvo a contraatacar y me asombro.

—Además soy...

Me caigo; me apresuro y me desplomo.

—No me importa que seas puta o princesa; yo también ando en busca de otras cosas; busco una mujer.

Ya sé que no es ni prostituta ni noble; al penetrar en sus ojos, descubro que no tiene arrugas; que en verdad es una niña; tiene los rasgos de una jovencita herida, diría amoral. Desea vivir; agarrarse de alguien, mas no tiene barreras, porque siempre la tuvieron atada.

—Tuve contacto con un profesor, con un psiquiatra, con un griego, con un... Sin embargo...

—Huevadas.

Está prematuramente cansada y se muestra; todos advirtieron su carne; siempre será así. Me agradecería ha-

cer algo para elevarla y extraerla de ese ambiente. ¿Tendré fuerzas? Comprendo que no es tan fácil; sus vibraciones surgen y me estremecen. Mi obra habrá que endilgarla con bastante maestría, pues de vestirse bien es tan arrogante como una hetaira. Trato de explicarle que todo lo sucedido hasta aquí obedece a designios inevitables. Me río; me sonrío y me admiro. Es una presa vencida y primorosa.

Fue todo tan rápido que sólo ahora advierto sus auténticas insinuaciones materiales. Primero se mostró recatada; ahora nada. Al tomar su pelo, siento sus mejillas, sus pechos plenos y la totalidad desorbitada y necesaria. Palidece, baja sus párpados y renace algún pudor. Se acondiciona; se muestra. Tiene inquietud de calor.

—¿Te pasa algo cuando chupo tus pechos?

—¡Estoy mojada!

—¿Es la regla?

—¡Bruto! ¡Estoy caliente! ¡Dame! ¡Entiérramelo!

Había deseado esquivar el sexo; es inútil, tan inútil como anular los soles-estrellas. Alguien me ordena que actúe. Es tan fácil; tal vez cometa un error que más tarde lamentaré. Además, ¿qué importa si siempre habrá que lamentarse? Es mi ruta.

—Cuando te hayas mejorado te buscarás un hombre para que cases y tengas muchos hijos.

La muchacha se torna acalorada; decepcionada y confundida.

—No he venido aquí a eso. Necesito un hombre. Dalia me expresó que tu método enaltecía. No deseo nada, sino descansar.!

“¿Misión cumplida?”

Le pongo en sus labios unas gotas de cherry; mueve sus ojos, su cuerpo se agiganta por segunda vez y se pone desnuda boca abajo.

—Dame por donde quieras, pero dame.

Ha evolucionado mucho desde el instante en que pisó mi departamento. Sin embargo, sigue siendo angelical, porque es femenina. No lejos alguna frase me castiga: ‘¡Morirás con la fama de un pícaro!’”

Ahora Chopin fastidia con esa música lánguida; me abstraigo, mas el polaco ayuda; es celestino. Entiendo, no obstante, que no la entiendo mucho.

Quisiera olvidarme. ¿Me estaré traicionando?

Otra vez, al escuchar el pito fabril, aparece mi hijo

Pilucho, mi hijo del Patio Siberia. ¿Qué hago? Se sucede un cambio. Chopin ha muerto entre húmedas hojas y el locutor habla. Se exterioriza, contando las fechorías de "Bestia Negra". Enmudezco; no sirvo. La muchacha sigue boca abajo y yo encima de ella. Pobre mi hijo: le apodan "Bestia Negra". En un rasgo de locura, cambio el radio. Es demasiado.

—¿Por qué no se meterán en la cueva las noticias?

—No te entiendo.

—¿No sabes, idiota, que "Bestia Negra" es mi hijo Pilucho?

Entonces me dice que la perdone y que me perdona por el maltrato. Me ha entendido. Después me hace creer que es una imbécil al estimarse desdichada.

Le acaricio su cabellera y la miro sin verla.

—Perdona; estoy solo. Deseo estar siempre solo. El día llegará en que te avergüences de mí y me dejarás solo. ¡Ya verás!

Ni Dios me tolera ya; todo lo que he hecho ha sido malo; camino por las calles como un sonámbulo, sin ver, sin oír, sin observar, tratando de convencerme de que estoy enfermo.

—Vuelve a EL.

—No entiendo a EL; nada haré por hacerlo, pues fracasaré.

—¿Y por qué te olvidas y me ejecutas?

—Porque soy animal.

—Vuelve entonces.

—¡Si EL se manifestara!

—¿Qué haré cuando se haya ido? Sólo las hojas de la encina azotarán mis ventanales. Quizá no vuelva nunca más a verla. Ella vino en busca de soluciones y se retirará más difícil. No importa que no vuelva; me queda el retrato, el óleo, la tela del artista bohemio.

Ahora soy yo quien empina la botella de cherry; su dulzura y suavidad me descompaginan. Descorazonado me asomo al gran balcón; la encina sigue su llanto secular. Allá va ella con sus pasos menudos; es alta, rubia y se nota como disfrazada de estudiante. ¿De quién es el triunfo? Nadie triunfa; desde hace siglos estoy muerto. ¿Por qué no me dejan morir de verdad? Decididamente no pertenezco a este mundo.